

PQ6623

.A82

T7



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERPSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PALABRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

EL libro maravilloso duerme en la estantería entre una vieja Historia de Francia y un tomo de versos donde están las églogas de Garcilaso. ¿Cuánto tiempo hace que no descubren á nadie su secreto las páginas amarillentas; cuánto que ojos humanos no contemplan los vetustos grabados en madera en que está retratada la triste figura del hidalgo manchego? Pero un rapaz de apenas nueve años ha entrado en la estancia: tiene el rostro risueño y los ojos llenos de curiosidad. Impetuosamente llega á la estantería, se apodera del libro y comienza á leer. Y con la lectura se va despertando una nueva vida en el espíritu del lector, y en sus ojos se enciende una calentura. Va leyendo aprisa y soñando más aprisa que lee; y la historia del generoso loco á quien la cuerda realidad va moliendo á palos y puñadas, y á quien el desengaño sigue como la sombra al cuerpo, no entris-

tece su corazón: ni tampoco le mueve á reir la cómica tragedia: es que su alma recién nacida se ha fundido con el alma loca del buen hidalgo, y va siguiendo las malaventuradas aventuras subido en ancas del mismo Rocinante, mirando la vida por los ojos mismos de D. Quijote; y para él también es la venta castillo, y son furibundos gigantes los molinos de viento, y es bella y es princesa Maritornes, y es Dulcinea la sin par fermosura, y son granos de perlas los granos de trigo tocados por sus manos. Este rapaz lector ha nacido también en la llanura castellana; el sol de esos calurosos días de Julio, en uno de los cuales quiso Cervantes que acaeciese la primera salida de D. Quijote, ha puesto en su cerebro ardorosa semilla de quimeras; la luz perlina de las noches de estío — como la de esa noche memorable en que veló sus armas el novel caballero — ha dado alas de luna á su corazón; y por ello ha podido acoger como suyas las quimeras aladas del que — andando tiempos y desdichas — había de llamarse Caballero de la Triste Figura; y así no siente melancolía cuando el héroe cae á los villanos golpes de un mozo de mulas, ni cuando los yangüeses lo apalean, ni cuando un arriero le bruma las costillas, ni cuando desalmados galeotes le apedrean; que por encima de la mala suerte está el sueño de oro, y la fantasía

hecha corazón — para los niños y para los locos — aureola con lumbres de gloria el más lamentable vencimiento.

El niño y el loco son desde aquella hora grandes amigos; el niño y el loco caminan juntos por el Campo de Montiel, bajo la pesadumbre del sol, sin sentirla, y juntos, lanza en mano, arremeten contra el ejército de Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana, y abren á un tiempo los maravillados ojos cuando malas artes y encantamientos truecan el ejército en rebaño, y los tajos y mandobles gloriosos en ruin apedreamiento; y juntos se entran por las fragosidades de la Sierra Morena, más intrincadas y fragosas para su desatada imaginación, y juntos hacen versos y dan suspiros y sueñan con castísimos amores ¿á Dulcinea? á la hermosura de lo desconocido, de lo remoto, á la belleza oculta, que es norte y vida y lumbre y luz de amanecer para las almas que están amaneciendo.

Pero ¡ay de mí! que ya es de día, ya es casi mediodía en la vida del alma de aquel rapaz que montó en Clavileño con los ojos cerrados, y creyó que volaba por las nubes. ¿Qué ha sido de aquella su amistad con la flor y espejo de la andante caballería? ¿Usóla el tiempo? ¿Quebráronla los años? No, por cierto; el tiempo la ha arraigado y for-

talecido; pero al hacerse vieja la dulce unión de almas, de maravillada se ha vuelto melancólica, y cuando torna á leer el Quijote, quien antaño vibraba de entusiasmo, hoy se conmueve de tristeza. ¿Por qué? Porque ahora sabe ya que su héroe estaba loco; y si los poetas siguen diciéndole que «para los locos es el sendero», la vida, la amarga vida le dice á gritos que siempre en el sendero se encuentra con los cuerdos el loco, y que los cuerdos tienen siempre en la mano la piedra que hiere, y la risa que insulta en la boca.

¡La risa! Hay quien se ríe leyendo el Quijote; hay quien se regocija ruidosamente cuando da en tierra, armado de todas sus menguadas armas, el cuerpo del buen caballero, consumido por el poco dormir y el mucho leer; hay quien celebra su hambre con carcajadas y su molimiento y su desnudez, y aun aquella tan honda tristeza ante los puntos de sus medias verdes, en una clara noche de verano, junto á la reja abierta sobre un jardín ducal, mientras le van llegando, junto con el aroma de las flores y la frescura musical de las fuentes, los versos de aquella Altisidora que le mienten amor...

¿Es posible? Reír, reírse de un héroe tan sin ventura, de un héroe doliente, de un héroe que es pobre y que va para viejo... —Yo se lo diré—respondió Sancho—porque le he estado mirando un

rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto. —Y esta mala figura, esta lamentable figura ¿há de hacernos reír? ¿Acaso porque es noble? ¿O por desventurada? ¿O porque es como el símbolo de toda espiritual fortaleza? Sí; que fuerte es el alma de D. Quijote, con ciega fortaleza de predestinación. Vedle; va por el mundo como iluminado y como poeta, con los ojos clavados en la visión maravillosa que trueca para él todo lo que existe á vida nueva y á ser soberano: él va por el mundo: su mirar está sobre la tierra; pero he aquí que la tierra para él es sólo su alma, y en su alma no hay miseria ni fango ni tristeza por la sangre vertida: en su alma hay pompa caballeresca y principesca gala femenil y espiritual galantería y amores limpios y músicas y aromas de ambares y orientales esencias: hay victorias y gestos arrogantes y apostura de eterna juventud. Y eternamente joven, en su rocín flaco y maltrecho, por sobre el Campo de Montiel—cielo implacable, llanura inacabable y árida—va soñando el alma y va el cuerpo tendiendo su lamentable sombra sobre la llanura.

¡Qué triste es la tristeza á la cruda luz del mediodía! Al sol de Julio, la pobreza es más pobre y

la vejez más vieja y el desamparo más desamparado; el polvo se posa sobre las arrugas del rostro y las ennegrece y ahonda; el sudor baña la cansada frente y enturbia los ojos; el moho de las armas escandalosamente muestra su lepra herido por la luz meridiana: y Rocinante esfuerza su andar penoso y lento, y los hierros de la armadura vieja crugén como gimiendo. ¿A qué aventuras vas, soñador tardío? ¿Qué glorias pretendes lograr, tú que has despertado al llamamiento juvenil del heroísmo y del amor en el umbral mismo de la vejez? ¿No sientes en el ánimo la pesadumbre de la carne marchita, y sobre los ardores del cerebro la nieve de las canas? Mira la vida en torno tuyo, la vida árida y parda—vestida de sayal, como el llano por sobre el cual caminas.—Oyeme, loco; detente, loco; sublime loco razonador, escucha cómo los que aún conservan la razón que perdiste, de ti se rien, de ti se burlan al ver como pagas con dolor de tu cuerpo y daño de tu bolsa lo que osó tu alma, nido de quimeras: porque los cuerdos, loco, no tienen piedad, los cuerdos no saben compadecer y han olvidado mucho antes que tú entrases por los caminos de la locura, las sendas de la misericordia.

Pero el loco hidalgo no quiere oír, y el alma que fué antaño su ideal y entusiasta compañera,

no atreviéndose á caminar con él, se sienta á la orilla del camino, y le va siguiendo con los ojos, y siente envidia de sus andanzas y peregrinaciones. Como madre que mira combatir al hijo—siempre los tristes á quienes amamos son algo como hijos de nuestro corazón—le está mirando, y á cada golpe plañe, y de cada desventura se duele, y exclama, pensando en todos los sueños que andan zaheridos por la tierra: ¿Por qué no tiene el mundo más caridad?

Nadie la tuvo con el pobre hidalgo, nadie, ni el padre que en idea y en palabra le engendró. Para D. Quijote fué cruel el destino, fueron crueles los hombres y las horas, fué cruel más que todos Cervantes, y de ahí la peculiarísima tristeza de esta historia.

Hay en los libros tristes, diferentes maneras de melancolía, y el matiz de ella depende de como el autor sienta las desventuras de sus héroes, siéndoles amigo ó enemigo, blando, indiferente ó riguroso. Hay desdichadas historias en las cuales el autor toma parte por el desventurado: su compasión le envuelve como manto y caricia, y el llanto de su corazón es bálsamo para las heridas, y entonces la tristeza que de la historia nace es dulcemente emocionada; lloramos, sin duda, los dolores del héroe, pero sentimos complacencia en